

México ante el Mundo

Gabriel Guerra Castellanos

Tres visitas, tres, marcan la agenda presidencial en días recientes, además de una reunión de grupo. Las visitas, claro está, son las realizadas a México por el presidente francés y la secretaria de Estado norteamericana, además de la de Felipe Calderón a Gran Bretaña y a la cumbre del así llamado Grupo de los 20, del que forma parte nuestro país.

De la visita del presidente francés ya se dijo y se escribió mucho, casi todo relacionado con un asunto comparativamente menor que la insistencia y tozudez de los visitantes y la falta de malicia de los anfitriones hicieron crecer. Lo cierto es que más allá del *affaire* Cassez la visita de Sarkozy fue importante por lo que significa un presidente como él, que ha tomado un rol importante en Europa. Que si fue más turismo, que si todavía está de luna de miel, que si se quedó en casa de quien y pagado por quien, todo eso podrá ser cierto, pero es anecdótico. El fondo de la visita era resaltar la importancia que México tiene para Francia por su papel en la región, por su presencia en Naciones Unidas y por el potencial que en París ven para una nación que bien podría ser —si lo quisiera— un líder y una potencia hemisférica.

El paso de Hillary Clinton por México fue un recordatorio, una lección práctica, de cómo se hace política exterior. Ésa mujer, admirable por tantos motivos, es relativamente novata en asuntos diplomáticos, pero ni se le nota. Si la calidad se midiera o se diera por años, la señora Clinton estaría en problemas, pero en su caso aplica al revés aquel dicho de que “lo que natura no da, Salamanca no presta”. El talento y la habilidad política, la buena preparación y los buenos consejos que seguro recibió la llevaron a decir lo que todo mexicano quería escuchar: que en la sangrienta y desigual guerra contra el narcotráfico y el crimen organizado, México no está solo.

Además de las frases afortunadas de la señora Clinton, hubo sustancia y mucha durante su viaje, incluido el muy relevante hecho de que ahora sí, por fin, Estados Unidos ha aceptado oficialmente que es parte y causa de nuestro problema y que lo tiene que ser también de las soluciones. Malinchismos y nacionalismos extremos aparte, México necesita vecinos con los que se pueda entender, con los que pueda colaborar, de los que pueda esperar

y recibir apoyo en los momentos críticos. Ésa parece ser la nueva tonada de Washington, y bienvenida sea, si bien no estoy seguro de que tanto mérito haya de nuestro lado de la frontera, y es que las vociferaciones recientes difícilmente pueden haber ayudado.

Y para nada debemos ni podemos cantar victoria en lo que a la relación con Estados Unidos respecta. Quien piense que el cambio de discurso y de actitud de Washington se deben solamente a nuestra habilidad y nuestra linda cara se llevará un buen fregazo el día que despierte y se percate de que, como siempre, Estados Unidos actúa en función de sus propios intereses.

Ya está el presidente Calderón en Londres para cumplir con una visita de Estado, que por su naturaleza y por ser quienes son sus anfitriones estará llena de pompa y circunstancia. No faltará el trasnochado que se queje del protocolo, de la visita al Palacio de Buckingham o de los carruajes tirados por caballos, pero es así como los británicos reciben a sus visitas de Estado. Molestarse por eso es equivalente a que algún costarricense se quejara de que al presidente Arias se le llevó a un estadio de fútbol con más de cien mil espectadores. Así es el estadio Azteca y no se puede achicar, a pesar de los esfuerzos de algunos de los seleccionados mexicanos por empuñarlo.

Pero me desví. La visita a Londres y la participación en la reunión del G-20 son una buena oportunidad para que el presidente mexicano le transmita a una nación preocupada y acongojada como la nuestra que México tiene un papel importante que jugar en el mundo y que está verdaderamente dispuesto a hacerlo.

La diplomacia podrá o no ser el tema favorito del Presidente, pero al igual que la guerra contra el crimen organizado, es una de esas cosas que se tienen que hacer. Felipe Calderón asumió, con todos los pantalones necesarios, ese primer desafío porque al país no le quedaba de otra. Con menor urgencia aparente, lo mismo pasa con las relaciones internacionales. En los momentos confusos y difíciles que vive el mundo, a México se le presenta una oportunidad y una responsabilidad: la de asumir su papel y dejar de esconderse en los viejos discursos del nacionalismo anticuado o en la arrogancia e incapacidad que fueron el sello del sexenio anterior.

La pelota está en nuestro lado de la cancha.

gguerra@gcya.net

www.gabrielguerracastellanos.com

